

Cuéntase que en un festín que dió el monarca en su palacio; el rey se quitó la corona para aliviarse de su peso, y que Moisés por verlo á la sazón, se colocó en la cabeza la insignia del poder real, visto lo cual por un eunuco llamado Balaám, mago y confidente del rey, hubo de exclamar dirigiéndose al Faraón; «Haz que muera ese infante, sino quieres la ruína de Egipto» Dispuesto Faraón á complacer al cortesano, cuando el angel Gabriel adoptando las apariencias de un alto dignatario de palacio se interpuso y dijo: «Señor antes que la sentencia sea ejecutada averigüemos si el niño ha procedido con discernimiento. Presentémosle una una perla y un carbón encendido, á fin de que escoja.

La disyuntiva era esta; si el niño elegía la perla, pronunciaba su sentencia de muerte, si escogía el carbón quedaba absuelto.

El primer movimiento de Moisés fué para tomar la perla, pero el angel Gabriel, que no se apartaba de su lado varió la dirección de la mano y le hizo tomar el carbón encendido; que el niño llevó á la boca, con el cual se quemó la lengua y quedando desde entonces tartamudo; salvó su vida que tan larga había de ser, y á tan elevados fines estaba reservado, por eso Aarón su hermano tuvo que hablar por él, cuando necesitaba hacerlo en el resto de su vida.

Llegado Moisés á la edad de cuarenta años, le